

TERCERA PARTE.

I.

Juicios que ha de abrigar el mundo con respecto á Diana.—Una lágrima sobre un sepulcro.—Temores del autor.

Ignoro si al mirarte bosquejada
En mis humildes versos, habrán dicho
Que en el mundo no existes y engendrada
Fuiste de necio autor por el capricho.
Te confieso—pues eres reservada—
Que todo eso lo habia yo predicho;
Tu sensibilidad, tu amor profundo,
Son exóticas plantas en el mundo.

Tal vez alguno que impaciente aguarda
El fin de esta leyenda, piensa ahora
Que te disfrazo y que mi pluma tarda
En ser de la verdad reveladora;
Y se figura ya verte gallarda,
Diana entre las selvas cazadora,
Con flechas mil que á tu carcax reservo
Hiriendo audaz al espantado ciervo.

Otros dirán que existes y que acaso
Me enamora tu encanto peregrino;
Que ante tí me prosterno y á tu paso
La huella beso de tu pié divino:
Que ser no quiero en tu alabanza escaso
Porque de gratitud aguardo en sino
Leve sonrisa de tu boca pura,
Mirada intensa de inmortal dulzura.

No, Diana: tú existes, tan hermosa
Cual no alcanza á idear la fantasía:
Marchas por una senda misteriosa
Que acá en la tierra al desengaño guía:
Es tu suerte la suerte lastimosa
Del ave que volando al Mediodía
Sobre el Oceano, en su angustioso anhelo
Sitio no halló donde parar el vuelo.

Tú vives en el mundo y su mirada
En tu semblante clava codiciosa
La multitud, sin que le sea mostrada
Tu noble inteligencia gloriosa:
Mérito como el tuyo tiene en nada
Y sus ídolos falsos ella osa
Ensalzar, imitando al rey azteca
Que su metal por abalorio trueca.

No, Diana: tú existes, y tu encanto
Presta valor á la leyenda mia,
Cual presta su belleza el azul manto
Del claro cielo á la fontana fría.

Yo tu beldad y tu ternura canto:
Tiene este libro que de noche y día,
Lejos del mundo, en acabar me empeño,
Mucho de realidad, poco de sueño.

Pero ¡amarte, Diana! En la pradera
¿Puede abrirse en mitad del crudo invierno
La flor, hija de tibia primavera,
Que su miel guarda al pajarillo tierno?
¿Ve con orgullo hácia la azul esfera
Arbol caído ya en olvido eterno?
¿Puede el arroyo de cristal luciente
Retroceder á la nativa fuente?

¡Ay! cuéntales, Diana, á tus lectores
Que para el pobre corazón desierto
De tu cantor el sol de los amores
Es eclipsado sol, astro ya muerto.
Para él agostáronse las flores;
Para su nave emborrascóse el puerto;
Zarzas brotó bajo su pié la ruta;
Su almíbar ¡ay! se convirtió en cicuta.

Cuéntales cómo, niño todavía,
Cánticos lleno de entusiasmo alzaba,
Y mi frente radiosa de alegría
Al laurel de la gloria preparaba:
Cómo mi creadora fantasía
Incierto porvenir coloreaba
Con los placeres del mundano suelo,
Con la esperanza mística del cielo.

Cómo hubo una mujer, tímida estrella
Que en cielo claro apareció tranquila,
Y, cual otra ninguna siendo bella,
Mi corazón atrajo y mi pupila:
Cómo á besar su luminosa huella
Ciego me arrodillé; cómo pedía
Su amor, cuyo recuerdo me consume;
Su amor, de su alma virginal perfume!

Diles cómo en su frente se veía
Retratada la noble inteligencia,
Mientras el tierno corazón dormía
Al amparo feliz de la inocencia:
Diles, Diana, cuánto la quería;
Diles que fué la luz de mi existencia;
Diles que mi esperanza y su hermosura
Encierra una olvidada sepultura!

Sí: bajo el pabellón del patrio cielo,
En su tumba, de flores rodeada,
Duerme en silencio eterno, sobre el suelo
Su deleznable forma reclinada.
Los días pasan: con piadoso anhelo
Nadie visita su postrer morada:
Luego que tierra sobre el cuerpo echaron,
Todos sus conocidos la olvidaron!

¡Valor, corazón mio! ¡No has llorado
Desde el día en que todo lo perdiste?
¿Al necio mundo que reír no has dado
De tus pesares con la historia triste?

La imagen de ese fúnebre pasado
Que ante tus ojos indeleble existe,
¡El tiempo, ya que los recuerdos trunca,
No logrará desvanecer!—¡Ay! nunca!!

Ya tú lo ves, Diana: acá en la tierra
La flor de nuestra dicha se marchita.
Tambien tu alma, á que el dolor se aferra,
Contra su suerte mísera se irrita:
Tambien tu pobre corazón encierra
Amarga historia que del hombre escita
La compasion: el fruto recogido
De un casto amor que nadie ha comprendido.

¡Porqué tendiste el vuelo, ave altanera,
Por el espacio y al zenit trepaste,
Desdeñando al hallarte en otra esfera
Del bajo mundo el miserable engaste?
¡Seguir viviendo en paz planta rastrera
En lo interior del bosque no miraste,
Mientras el desprendido rayo ardiente
Al cedro colosal hiere en la frente?

¡Y yo soy el cantor de tu hermosura,
Y al mundo que sus hérbes solo admira,
Tengo de referir tu desventura
Con el auxilio de mi pobre lira!
Mas destempló sus cuerdas la amargura;
Entusiasmo su voz ya no respira;
Ya no producen armoniosa nota;
Finalizó el festin y el harpa es rota!

El mundo pone sobre mí la mano
Y mis osados pensamientos hiela,
Y va perdida en su bullicio vano
El alma sin lograr el bien que anhela;
Y todavía en mi dolor tirano
Cruza mi mente, cual la blanca estela
Que en el mar deja nave transitoria,
Grato el recuerdo de mi antigua gloria.

Hoy, al abrir el arca misteriosa
Que los secretos de tu vida tiene,
Temo que no mi voz, doncella hermosa,
Lo necesario en tu alabanza suene:
Temo que, entre la turba bulliciosa
Que á despreciarlo acaso se previene,
El libro en que apareces, confundido,
No consiga librarse del olvido.

II.

El huron sale de su madriguera.—Rosa la coqueta.—El convento de monjas.—El baile.—Cárlas entra en el número de los apasionados de Rosa.

Tiende la noche su impalpable manto
Encendiendo en el éter las estrellas,
Cuyo fulgor escasamente alumbrá
Los edificios de la hermosa Puebla,
Que al pié de sus magníficas montañas
Tendida está sobre sabana inmensa.
En las concavidades de las torres
Imita el aire misteriosas quejas,
Y agitar suele la bendita palma

Que en las ventanas la piedad conserva.
 Todo en silencio yace: los mortales,
 Desde el mendigo al prócer, ya se entregan
 Al sueño bienhechor: en la campana
 Del vecino reloj las doce suenan,
 Y á la sazón por anchurosa calle,
 Hacia el extremo de la cual se eleva
 Un convento de monjas, varios jóvenes
 Formando grupo silenciosos llegan.
 Detiéndense, dirigen sus miradas
 Hacia el alto balcon de una modesta
 Casa; al oído se hablan todos ellos,
 Sus instrumentos musicales templan,
 Y luego, la quietud de la alta noche
 Interrumpiendo, de armonía llenas,
 Diferentes cantigas entonan
 Que hácia oculta beldad su amor revelan.
 Y apenas la primera terminada,
 Nueva sonata á preludiar comienzan,
 Cuando de aquel balcon á do su vista
 Se dirige—no bien el rumor cesa
 Que al descorrerse las fallebas causan—
 Súbito iluminóse la vidriera:
 Plegaron las cortinas transparentes,
 Femenil forma dibujóse esbelta,
 Y por los movimientos que ejecuta
 Y la atención que presta en apariencia
 A los músicos, luego se conoce
 Que amigos predilectos son de ella.
 A proseguir la serenata iban
 Aquellos hombres que entre sí conversan,
 Y á seguirla escuchando preparábase
 Desde su alcoba la mujer esbelta,

Cuando rumor de pasos de un caballo
 De la nocturna brisa en alas llega,
 Y la curiosidad mantuvo entonces
 La comenzada música suspensa.
 Cuando pasan caballo y caballero,
 Que ver no les permiten las tinieblas,
 El mas osado á entrambos se aproxima;
 La tapa descorrió de su linterna:
 Inesperada luz alumbró el rostro
 Del caminante, que frunció las cejas,
 Y de acción tan estraña iba sin duda
 En el instante á demandarle cuenta,
 Cuando al cuello los brazos le echa el otro
 Diciendo: “Carlos! ¡qué sorpresa es esta
 Que nos vienes á dar!... ¡Cómo á deshora
 Y sin criado ni equipaje llegas?
 ¡Y desde dónde vienes?

—Hola, amigo!

Pláceme en sumo grado la sorpresa,
 Y no estrañes que llegue sin criado
 Quien salva una distancia de dos leguas.
 ¡Buenas noches, señores! ¡Mas qué veo?
 Alvaro, Enrique, Eduardo!... ¡Calaveras!
 ¡Qué demonios al pié de una ventana
 Venís á hacer con músicas y señas?

Jóv. 1.º—Refiérenos, ¡qué hacías tú en el campo?

¡Te habías ya metido á anacoreta
 De los que solo rezan si en el rezo
 Les hace coro una muchacha bella?

No hay que turbarse, no...

Jóv. 2.º—

Llégame el turno:

¡Qué nos refieres de tu novia muerta?
 Sabemos que despues enamoraste

A cierta jóven con dinero y fresca,
Que te ha dejado fresco, segun dicen,
Sin dinero ni amor.....

Cárlos.— ¡Malditas lenguas!
Por favor, no me habléis de lo pasado,
Amigos.

Jóv. 3.º— Pero todo se compensa
En el pícaro mundo: ahí encerrada
Está una monja, y es paisana vuestra.

Cárlos.— ¡Su nombre?

Jóv. 3.º— No lo sé; pero aseguran
Que por cosas de amor metióse á buena:
Que amaba á un jóven que iba á ser su esposo,
Y que el asunto no quedó por ella:
Es todo cuanto sé.

Jóv. 1.º— *Cárlos*, amigo,
Si no te ofenden las preguntas necias,
Cuéntanos qué motivo poderoso
Te hace venir á la bendita Puebla.

Cárlos.— Ansia de distracciones solamente.

Jóv. 1.º— Estraño oírte hablar de esa manera,
Que siempre por demas pacato fuiste.

Cárlos.— Los años, gustos y costumbres truecan!
Pero yo vuelvo á mi primer pregunta,
Que dejaron ustedes sin respuesta:
¡Qué hacen al pié de esa ventana agora
Enfrascados en músicas y señas?

Jóv. 2.º— Venimos á dar música á una jóven
Como los sueños juveniles bella.....

Cárlos.— ¡Comparacion poética! ¡Y se llama?

Jóv. 2.º— Rosa D***, la beldad guanajuatena.
Hace muy pocos días que ha llegado:
Hay en su casa una continua fiesta.

(Y aquí arrimóse á *Cárlos* aquel jóven
Para hablarle mas próximo á la oreja).
Por la mañana en el balcon la vemos;
Por la tarde, sin falta, en la alameda;
Por la noche en saraos y tertulias;
Y á su casa, y al campo, y á la iglesia
Nube de enamorados espesísima
Como plaga de Egipto va tras ella.
Parte integrante somos de esa nube:
Si tú quieres entrar en competencia,
Ven mañana á su casa con nosotros,
Que acaba de avisarnos la doncella
Que si *mamá* y el tiempo lo permiten,
Habrá en la noche *diversion casera*.
Dí ¡contamos contigo?

Cárlos.— A no dudarlo:
Si mi escelencia nada mas desea
Que divertirse; mas decid, ¡la jóven
A quién de ustedes da la preferencia
Hasta ahora?

Jóv. 1.º— A ninguno, y es lo cierto
Que el giro del asunto no me pesa,
Porque lo que es amor.... hay cierta dosis;
Pero los compromisos nos arredran;
Y en esto de tender el lazo, dicen
Que su señora madre es gran maestra:
Conque si entras en liza, ten cuidado,
Que es resbalosa la maldita arena.

Cárlos.— Y la jóven ¡qué tal?.....

Jóv. 2.º— Estoy seguro
De que viéndola pierden la cabeza
Aun los mas circunspectos: una tacha
Póngole á su carácter; es coqueta!

Cárlos.—Pues hálote atrasado de noticias.
Dime si habrá mujer que no lo sea.
Jóv. 3º—Él se resiente aún del desengaño.
Vamos, señores míos, otra pieza,
Que la noche se acaba, y esa jóven,
Firme como prusiana centinela,
Está en su puesto música esperando
En tanto que los músicos conversan.”

A interrumpir la silenciosa calma
Torna la serenata: al cabo cesa:
Despídese la jóven: las cortinas
De su vidriera á poco se despliegan;
Muere la luz, resuenan los cerrojos,
Y *Cárlos* y los músicos se alejan.
Cuando el rumor de sus pisadas muere,
La esquila del convento mas pequeña
Llama á las religiosas á maitines:
Las ventanas del coro con presteza
Se iluminaron, y piadoso canto
De aquellos sitios el silencio altera.
A veces mas cercano resonaba,
Distinguiéndose en él voces diversas,
Y despues alejábese y volvía,
Como si lo llevase y lo trajera
El viento de la noche que en las torres
Imitar suele misteriosa queja.—
Así, mientras algunos se divierten
Y á la corriente mundanal se entregan,
Lejos del mundo, en claustro solitario,
Otros en Dios y en su destino piensan!

Era de Julio una apacible noche,

Y, aunque ha llovido al espirar la tarde,
Ascendiendo la luna por el cielo,
Nubes teñidas de ópalo deshace;
Y, bien cual suele una odalisca hermosa
Sobre mullido lecho reclinarse,
De una sala en la alfombra se dibuja,
Traspasando cortinas y cristales;
Lucha con el fulgor de las bujías
Que entre flores y espejos puestas arden,
Y dá por resultado luz serena,
Artificial y natural en parte.—
Al compas de la orquesta melodiosa,
Cual ninguna otra jóven, elegante,
Iman de varoniles corazones,
Rosa la bella dá principio al baile.
Al recio impulso de la danza ondea
Esparciendo perfumes su albo traje,
Y su mejilla sonrosada azota
Suelto el cabello negro en espirales.
Ella de buen humor está sin duda;
Tal vez su compañero es muy amable,
Porque en sus brazos mas de lo preciso
Deja que el cuerpo trémulo descanse.
De estatura mediana siendo ella,
Nada hay de extraño en que los ojos alce
Para ver al mancebo, cuyas dotes
Son una alma ruin y un cuerpo grande.
La música cesó y hácia el estrado
El mancebo condújola galante,
Y agrúpanse mil jóvenes á un tiempo
A suplicarla que con ellos baile.
Compañero entre todos Rosa elige,
Y, apenas comenzó la orquesta un valse,

Cuando ya la pareja recorria
 La sala estensa mas veloz que el aire.
 Sigue al impulso de las vueltas rápidas
 Ondeando la falda de su traje,
 Y sigue acariciando sus mejillas
 El sedoso cabello suelto en parte;
 Y al agitar su pié, que del calzado
 Cándido oprime el primoroso engaste,
 Y al combarse flexible su cintura
 Por si en belleza el cuerpo así ganare,
 A la verdad, los que la están mirando
 No saben si mujer es ella ó ángel.
 Y sin duda es amable el compañero
 O Rosa está de vena, pues de parte
 En plática con él tan misteriosa,
 Que lo que ambos se dicen nadie sabe.
 Como de pudorosa ella se precia,
 Y ademas el mancebo que la trae
 Es, por lo que miramos y sabemos,
 De estatura pequeña y alma grande,
 ¡Qué extraño es que, turbada y temblorosa,
 Ella los ojos con empeño baje,
 Y entre desmayos y suspiros tiernos
 En el Adónis sin cesar los clave?

Lo que se me hace extraño es ver á Carlos
 Sumido hasta la barba en un butaque
 Cedido á su cansancio por la vieja,
 De su amistad en prenda inapreciable.
 Desde allí sigue á Rosa con la vista
 Sin que á su observacion nada se escape
 De miradas, suspiros y presiones,

Dulces desmayos ó amorosas frases.
 Aunque no la ama él, siente de celos
 Ardiente llama en su interior alzarse;
 Y esto, por mas que raro le parezca,
 Al lector entendido nunca espante,
 Que á todos una vez nos acontece
 Viendo en ajeno brazo breve talle,
 Sentir disgusto raro, indefinible,
 Y que se agolpa al corazon la sangre;
 Efectos de la envidia venenosa
 Que al nacer cupo en suerte á los mortales.—
 Y no bien Rosa advierte que la sigue
 La mirada de Carlos, ya tenaces
 En él clava sus ojos cuando pasa
 Por do sentado está, con él rozándose;
 Y pretestando enfermedad ligera,
 Para restablecerse della en parte,
 Ordena al compañero que la lleve
 A la silla que está.... junto al butaque!
 Aquel, obedeciendo, la conduce;
 Aléjase con cara de vinagre,
 Y, al cabo de un momento de silencio,
 Como al volver de un sueño que distrae,
 —Perdonad, caballero..... (yo no habia
 Vístole aún!.... creí que era mi madre
 Quien se sentaba aquí) Rosa murmura.
 —Hace un momento á ella presentáronme
 Varios amigos, y que vuelva anhelo
 Para que la amistad de usted no tarde
 En serme concedida....
 —La palabra
 De un caballero en el asunto baste.
 —Mi nombre es Carlos***

—¿Cárlos?... Y de dónde
Es usted?

—Soy veracruzano.

—¡Calle!

De ahí es cierta novicia amiga mía.
Yo tengo unos deseos de pasearme
Por la tierra de usted! ¡Es tan alegre
Cual dicen, Veracruz? ¡El mar tan grande?
Además, aseguran que las rosas
(Si es en Jalapa no recuerdo) se abren
Hasta en el crudo invierno, y las mejores
Son del país.

—¡Error imperdonable!

Guanajuato produce las mas bellas
De las que en el país puedan lograrse.

—¿Usted ha estado allá?

—No.

—Desde luego

Usted no las conoce.....

—De trasplante

Son las que he visto.

—¿Y dónde?....

—En esta sala.

—¿Cuántas?...

—Una que brilla sin rivales!

—No comprendo.

—¿Es posible?... Yo quisiera

Al torbellino mágico del baile

Lanzarme con usted, *Rosa divina*....

—Pues, señor mio, como á usted agrade."

Mézclanse en la vistosa contradanza,
Y balancea el cuerpo con donaire

Rosa, cual blanco cisne que atraviesa
Lago tranquilo en apacible tarde.
Y como indicio son de un pecho limpio
Ojos que al escrutinio no se evaden
De la persona que los mira, y como
Ambos en estatura son iguales,
No es de extrañarse que, bailando, en Cárlos
Rosa los ojos con empeño clave.—

Resultado de aquestos devaneos
Fué que esa noche Cárlos, acostándose,
Con sobresalto se creyese herido
De un frenético amor... ¡amor de baile!

III.

Primer fragmento del album de Diana, escrito en el convento de***

Rebosa el cáliz amargo,
Ya el alma á sufrir no acierta;
Falta á mi existencia objeto,
El alba á mi noche eterna.
¡De qué me sirve, insensata,
Rindiendo al orgullo ofrenda,
Solitaria consumirme
En lo interior de una celda,
Por no decir á quien amo:
"Aunque culpable aparezca
Antes tus ojos Diana
Por maquinacion proterva,
De tu ardiente amor es digna,
Como en esa noche bella

En que te dió su albedrío
Jurándote fe sincera?

Y lo haré, porque no puedo
Vivir sin su amor. Apenas
El sueño cierra mis párpados,
Su voz á mi oído llega:
Le miro como en los días
En que me amaba; se acerca;
Señálame con su mano
El altar: llevarme anhela
A los piés del sacerdote
Que á bendecirnos se apresta:
Se agita mi corazón
Lleno de alegría inmensa:
Despierto... giran mis ojos
Y ven la desnuda celda
En cuya ventana el viento
Voces humanas remeda!
—Sí, le diré: aunque culpable
A tus ojos aparezca,
De tu ardiente amor soy digna:
Ven, el altar nos espera.

IV.

Rosa refiere á Diana sus amores con Carlos.—Diana pretende cerciorarse de ellos y lo consigue.—Suerte que está reservada á las coquetas.

A la mañana del siguiente día,
Hablando por el torno del convento
De que mencion en otra parte hicimos,
Dos jóvenes están. Bordado velo

De trasparente blonda mal encubre
Las formas elegantes, el despejo
De una, á quien acompaña su criada,
Vieja amiga de lances y de enredos,
Que, según las epístolas que porta,
Hará quebrar la renta de correos.
A la otra que habla no es posible
Examinar, pues hállase por dentro
Del torno, y de su voz solo se oye
De vez en cuando el musical acento.
Es la voz de una niña todavía,
Pero encerrando no sé qué de tierno
Y triste, cual si ya del mundo hubiera
Roto su mano el engañoso velo:
Voz que si resonase en nuestro oído,
Nos despertara cual de largo sueño,
Trayendo á la memoria las imágenes
De antiguos seres y de antiguos tiempos.
Y esto las dos decían platicando,
Una fuera del torno, otra por dentro:
—De noviciado pocos días faltan:
Qué, ¡persistes, amiga, en tu deseo?
¡Profesarás? ¡Reflexionaste acaso
Que esos lazos, Diana, son eternos!
—Resolucion no formo todavía.
Cuando aislada en el mundo me contemplo
Sin que en el porvenir cifre esperanzas,
Sin que mi corazón abrigue afectos,
No me queda otro asilo que una celda
Donde acabar mis días con sosiego;
Pero tú, amiga mía, ¡tan dichosa
Como siempre?
—No tal: hoy un consejo

He venido á pedirte, ó sea informe...
 Como quieras llamarlo. Hay un sugeto...
 Vamos, un jóven que, si no me engaña
 El corazon, es todo un caballero.
 Bailó anoche conmigo, enamoróme
 Y le correspondí, te lo confieso.
 ¡Reflexiona tan poco mi cabeza!
 Siempre sigo el impulso del momento
 Y suelo arrepentirme; mas ahora
 A asegurar me atrevo que le quiero.
 —¡Ay Rosa! ¡tú quererle? Eso es mentira!
 Te engañas á tí misma: no, en tu pecho
 No se alberga el amor.

—Pues en la duda
 De si quiérole ó nó por hoy quedemos:
 Véngote á preguntar si le conoces,
 Porque paisano es tuyo.

—Pero al menos
 Dime su nombre.

—Cárlos.
 —¡Cielo santo!
 Si él fuese!

—¡Quién?
 —(Siniestro pensamiento!)

Nada, Rosita, un conocido antiguo;
 Mas no, que aquel ó se embarcó, ó es muerto.
 ¡Qué señas tiene el Cárlos de quien hablas?
 ¡Jóven es todavía?

—Jóven.
 —¡Cuerpo
 Gallardo?

—Sí, gallardo.
 —¡Rostro afable?

—Y mucho que lo es.

—¡Cabello negro?

—Como el ala del cuervo; pero ¡es raro!

Tú, á no dudar, conoces mi cortejo.

—Pura casualidad... no le conozco.

(¡Será tal mi desdicha?) Un pensamiento

Me ocurre en este instante, Rosa.

—Dilo.

—Para saber si le conozco, verlo

Hoy necesito.

—¡Y cómo?

—O yo me engaño,

O es muy sencillo, Rosa: tu aposento

Queda frente á mi celda: por la tarde

Salir hazle al balcon, y yo en acecho

Tras la reja estaré.

—¡Famosa idea!

Voy á escribirle agora: le prevengo

Que á la tarde sin falta me visite,

Y en práctica ponemos tu proyecto;

Pero á rezar te llaman...

—Adios, Rosa.

—Diana, adios: mañana nos veremos!

Ya la postrera luz de bella tarde
 Con las primeras sombras de la noche
 Empezaba en el cielo á confundirse,
 De oro y grana tiñendo el horizonte.
 De proletarios púebbase la calle
 Que á sus habitaciones se recogen,
 Terminado el trabajo: las campanas
 Sonando están el toque de oraciones,
 Y en el balcon de la modesta casa

Que mi lector benévolo conoce,
De una mano bellísima al esfuerzo,
La vidriera giró sobre sus goznes.
Salió Rosa, radiante de hermosura;
Cárlos tras ella, hablándola de amores,
Sonríe y se entusiasma, y á su lado
Sobre la balaustrada reclinóse.
A cada frase tierna que salía
De sus labios, ardiente aquella jóven
En él clavaba los rasgados ojos,
Y era muy fácil conocer entonces
Que á escitacion cediendo pasajera
Con que su corazon no marcha acorde,
Cárlos la enamoraba, y ella en tanto
Paz, corazon y libertad rindióle.
¡Porqué—le dice aquel—en tu presencia,
Adorándote así, las emociones
No experimento que mi gloria hacian
En mis horas de amor, cuando era jóven?
Quizá los desengaños que he sufrido
Entibiaron del alma los ardores
Para siempre.

—Será que no me amas!
(Contesta, y su semblante oscurecióse
De repente.)

—Decir que no te amo!—
Cárlos replica; y, al notar que esconde
Al exámen curioso de la gente
Sus personas el manto de la noche,
Obedeciendo á impulso repentino,
Sus labios él en los de Rosa pone.
Tal ósculo de Rosa el fuego atiza:
Al recibirlo permanece inmoble,

Y luego, cual de un éxtasis saliendo,
“Créeme, le dice, aquestos mis amores
Primeros son. Es cierto que aturdida
Al hallarme en espléndidos salones
Escuchando la música armoniosa;
De la esperma á los nítidos fulgores,
Viendo pasar en confusion bellísima
Las mujeres en brazos de los hombres,
Soñaba una existencia alimentada
Por manantial de indefinibles goces.
Dí oído á las protestas de cariño;
Esperanzas de amor daba á los jóvenes;
Mas era todo un sueño; al otro dia
De mi ilusion secábanse las flores:
El corazon desierto no abrigaba
El amor que la víspera fingióse!
¡Cuánto te adoro, Cárlos!”—“Es maestra,
(Cárlos en su interior decia entonces);
A cualquiera bizoño engañaria.”
Y se esforzaba, exento de pasiones,
Gozo en aparentar, como quien pruebas
De un anhelado amor al fin recoge.

Cuando el beso de Cárlos resonaba,
De una ventana del convento donde
Luz misteriosa apenas resplandece
Al traves de los vidrios de colores,
Un ¡ay! partió profundo, lastimero,
Y en el instante mismo rudo golpe,
(Cual de alguién que privado de sentido
A tierra viene como fardo) oyóse.

Habiendo de acabarse este episodio,

Añadiré tan solo á mis lectores
 Que en el siguiente día á Rosa olvida
 Cárlos encaminándose hácia el monte
 Solitario, do vuelve á su costumbre
 De entregarse á morales reflexiones.
 Abandonada Rosa se entristece;
 A cuantos ve de Cárlos pide informes,
 Y nadie se los dá, y ella suspira. . .
 ¡Hé aquí, mujeres, lo que son los hombres!

V.

Segundo fragmento del album de Diana.

“Corazon mio, silencio!
 No te traicionen mis labios:
 Si padeces, no lo digas,
 Y si quisieres llorando
 Aligerar este peso
 Atroz que te oprime, hazlo
 De modo que nunca, nunca
 Te vean ojos humanos!
 Yo le amaba, y á mi frente
 De una vil sospecha el fango
 Arrojó la mano misma
 Que á guiar iba mis pasos
 Por el sendero del mundo.
 Yo quise decirle:—“Cárlos,
 Tú y yo en esa noche víctimas
 Fuimos de un odio bastardo;
 Ofendíome tu sospecha,
 Tus palabras destrozaron

Mi corazon; pero todo
 Lo olvido, porque te amo:
 Soy digna de que me hagas
 Tu esposa.” Mas ¡cielo santo!
 Hoy le he visto á otra mujer
 Amor eterno jurando.
 Si yo acudiese á decirle
 Su error. . . . (solo de pensarlo
 Me avergüenzo.) ¡Es imposible!
 Guarda lo que te ha quedado,
 Corazon, guarda tu orgullo,
 Y si quisieres llorando
 Aligerar este peso
 Atroz que te oprime, hazlo
 De modo que nunca, nunca
 Te vean ojos humanos.”

VI.

Cárlos reconoce la voz de Diana en los cánticos de las monjas.—Lucha entre su amor y su orgullo.—Logra hablar con Diana.—Reflexiones de ésta.

Llevado en alas del viento,
 A veces durante el día
 Piadoso cantar se oía
 En derredor del convento.

En su reclusion dichosas,
 A Dios, de ventura fuente,
 El corazon inocente
 Elevan las religiosas.